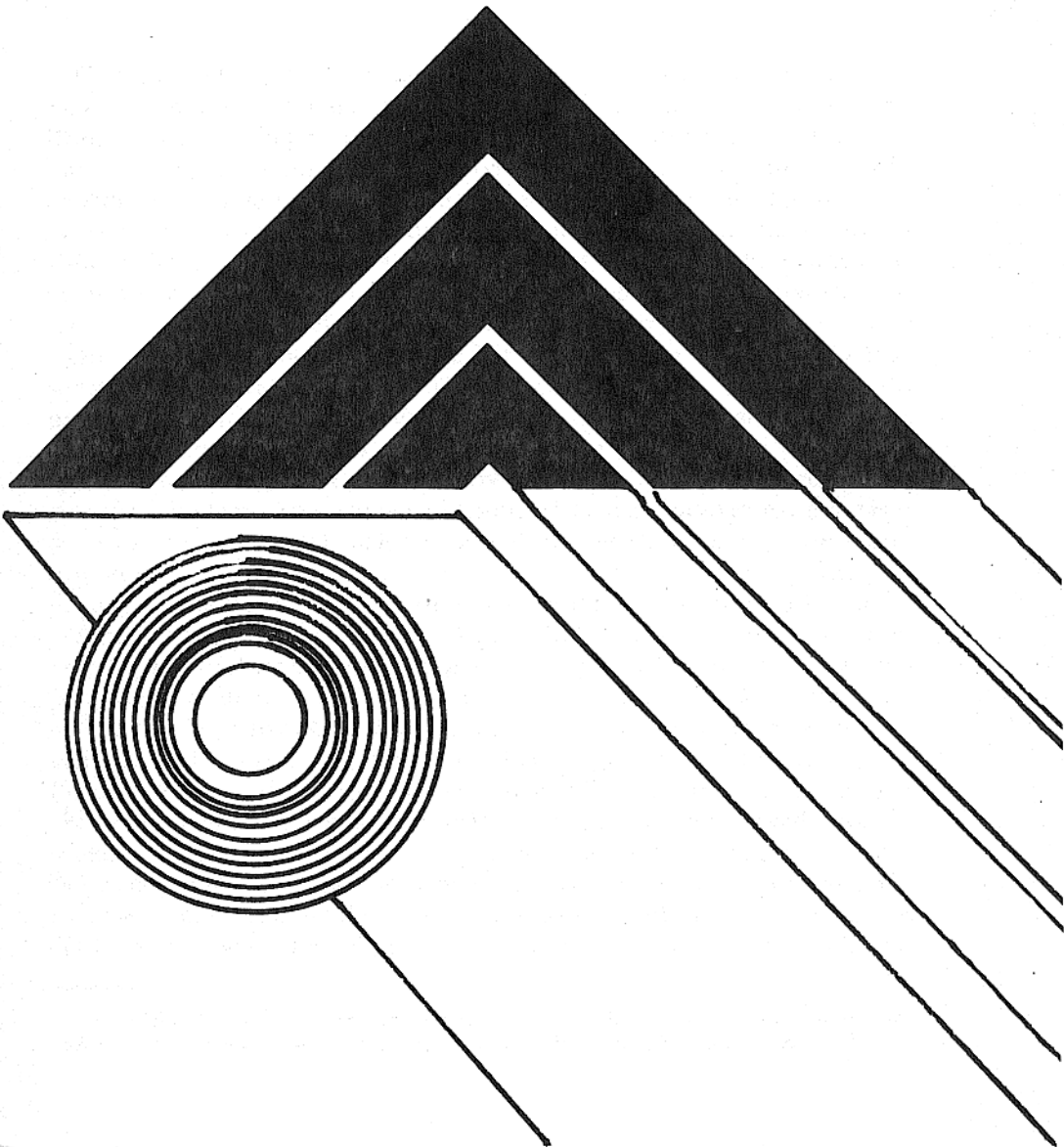


**UN EJERCICIO DE DESMITIFICACION  
HISTORICA:  
EL TRIUNFO DEL CONSERVADURISMO  
DE GABRIEL KOLKO**

**MIGUEL A. BADIA CABRERA**



## UN EJERCICIO DE DESMITIFICACION HISTORICA: EL TRIUNFO DEL CONSERVADURISMO DE GABRIEL KOLKO

Miguel A. Badía Cabrera

El triunfo del conservadurismo en los Estados Unidos sólo habría llegado a concretarse efectivamente, según la opinión de muchos, con la elección de Ronald Reagan a la presidencia. Como el representante más conspicuo de una elite político-económica conservadora, a Reagan le habría tocado presidir sobre el desmantelamiento de casi un siglo de conquistas liberales, es decir, de reformas a la estructura del estado que, al seguir pautas progresistas, le habría hecho posible responder mejor a las demandas y urgencias de los sectores más amplios de la población —aquellos privados tradicionalmente de poder económico y de influencia política reales. A lo largo de este siglo, estas clases sociales habrían ido logrando una participación más substancial dentro de las instituciones del gobierno, lo cual habría producido, básicamente a través de la intervención del Gobierno Federal en la vida económica y social, una distribución más equitativa del ingreso nacional y una mejora notable del nivel de vida y del bienestar general de esas mismas clases. En resumen, el triunfo del conservadurismo sería, visto desde una perspectiva tal, un fenómeno relativamente reciente, y, que habría consistido esencialmente en la detención de un proceso histórico de progresiva liberación de las instituciones norteamericanas de gobierno.

A quienes así piensen, el libro de Kolko, *El triunfo del conservadurismo*<sup>1</sup>, podría producirles un efecto comparable al que la lectura de Hume tuvo para Kant, a saber, bien podría ser el despertar de un “sueño dogmático”.

Esta obra es, entre otras cosas, un ataque frontal a la interpretación tradicional de lo que se ha llamado la “Era Progresista” —el período de la historia norteamericana que va desde principios del siglo veinte hasta el 1916 o comienzos de la Primera Guerra Mundial. Tanto observadores de la escena contemporánea como la mayor parte de los historiadores recientes dentro de esta ortodoxia, aseveran que se desarrolló entonces un nuevo modo de relación entre el sector de los negocios y la esfera política. La intervención del Gobierno Federal en el proceso económico fue promovida, de acuerdo

---

<sup>1</sup> Gabriel Kolko, *The Triumph of Conservatism: A Reinterpretation of American History, 1910-1916* (New York: The Free Press of Glencoe, A division of Macmillan Co., 1963).

con ellos, por un fenómeno que no era sino el producto de una "necesidad económica", a saber, la centralización del poder económico, el crecimiento de los monopolios y la eliminación de la competencia. Lo que hizo el Gobierno Federal fue prevenir que esta inevitable concentración del poder económico afectara adversamente los intereses mucho más amplios de la sociedad en su conjunto. Debido a su base centralizada de poder, y por la puesta en vigor de medidas legislativas de una naturaleza "progresista" o liberal, las que crearon agencias reguladoras claves, el gobierno federal contuvo las pretensiones de los monopolios y se transformó en un instrumento efectivo por cuyo medio una sociedad democrática pudo librarse de los males de una estructura económica centralizada.

La tesis central de Kolko es exactamente la opuesta: En vez de ser progresista, la Era Progresista fue, por el contrario, profundamente conservadora. Mas que responder a los intereses más amplios del conjunto social, la intervención política en la economía fue la respuesta a las demandas de las altas esferas de los negocios (*big business*) y las finanzas. Ello no resultó en un control democráticamente orientado de la economía vía la regulación federal, sino más bien en un triunfo conservador: las mismas relaciones socio-económicas, las estructuras económicas y de poder existentes y características de esa sociedad capitalista no fueron tan sólo preservadas, sino que se vieron, de hecho, solidificadas. La diferencia básica del sistema socio-económico que emergió de ese período consistió en que, de ahí en adelante, la racionalización y estabilización de la economía no habría de encomendarse a los ajustes internos y automáticos del mercado, sino que habría de alcanzarse mediante la utilización premeditada de la superestructura política, la cual regularía la base económica en interés de las grandes empresas industriales y financieras. Esta síntesis de lo económico y lo político que comenzó a concentrarse en la Era Progresista es, según Kolko, el rasgo definitorio del capitalismo norteamericano. A éste él le aplica el nombre de "Capitalismo Político".

Ahora bien, ¿cuál fue la causa real de estas transformaciones? En vez de un movimiento irresistible hacia la monopolización de la industria y las finanzas, la tendencia general de la economía norteamericana durante ese período fue de competencia creciente y de paulatina descentralización. Esta tendencia, que hizo palidecer al movimiento intenso pero de corta duración de fusión de empresas o de formación de conglomerados (*mergers*), fue, ella misma, el producto de nuevos inventos y procedimientos tecnológicos que mejoraron la posición competitiva de las nuevas industrias y bancos con respecto de las grandes acumulaciones de capital industrial y financiero, las que se suponía fueran mucho "más eficientes". Estas últimas no habrían de permanecer indiferentes ante ese fenómeno novel por mucho tiempo, y la intervención federal subsiguiente no se dirigió precisamente a proteger los pequeños negocios ni al público de las ruinosas consecuencias de los monopolios. Ella fue, en realidad, el instrumento por el cual los líderes de

los grandes negocios (*big business*) buscaron establecer por decreto público e iniciativa administrativa lo que no habían podido lograr espontáneamente en la arena económica: el control definitivo de los mercados en unas pocas manos y, paradójicamente, la protección de las grandes empresas de las consecuencias, —consideradas ahora como auto-destructivas— de la competencia “irracional”. En las palabras de Kolko: “Irónicamente y contrario al consenso de los historiadores, no fue la existencia del monopolio lo que causó la intervención del gobierno federal, sino la ausencia de la misma”.<sup>2</sup>

Naturalmente, para substanciar esta interpretación, Kolko ha realizado una labor de investigación factual cuya extensión y meticulosidad son, sin exageración, realmente sorprendentes. En este contexto, nosotros nos sentimos justificados, no obstante, en dejar al lector la consideración de la mayor parte del “océano de datos” que se ofrece en este libro. El logro notable de Kolko reside, por lo demás, en el marco teórico dentro del cual estos datos se articulan y cobran significado; en el hecho de que él ha logrado presentar el complejo fenómeno histórico que fue la Era Progresista, de una manera sintética, como “un todo interrelacionado y explicable, puesto en el contexto de la naturaleza y las tendencias de la economía”.<sup>3</sup> Nosotros creemos que esta empresa teórica deriva mucho de su interés particular de las preguntas intrigantes sobre la naturaleza del proceso histórico, cuando se le considera desde una perspectiva socio-económica, que Kolko formula con fuerza y claridad. La alusión a Kant no fue un recurso puramente retórico de nuestra parte. Obviamente, Kolko no es un kantiano; existe sin embargo, una peculiar congruencia entre el enfoque crítico que Kant asume frente a la filosofía y la perspectiva de Kolko con respecto a la historia socio-económica, pues la historia de Kolko en torno a la Era Progresista se fundamenta sobre una crítica de la historiografía. Esto es, su historia se basa, en buena medida, en una reflexión acerca de las condiciones teóricas que hacen posibles la historia —y aquí la historia de las relaciones entre la base económica y las instituciones políticas— como disciplina genuinamente científica. Esta dimensión de *El Triunfo del Conservadurismo* es la menos visible, aunque una de las más importantes.

Pero, ¿por qué los predecesores de Kolko, quienes estudiaron la Era Progresista, no pudieron aprehender las relaciones necesarias y efectivas entre los hechos que analizaron? ¿Por qué no tuvieron éxito en determinar la verdadera naturaleza del proceso histórico que se estaba desarrollando entonces? (Obviamente, asumimos para argumentar y de forma tentativa algo que se puede cuestionar: la validez general de la tesis de Kolko). En la historia no nos confrontamos con “hechos brutos”. Estos nos son dados efec-

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 5.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 9.

tivamente, pero siempre lo son dentro de un horizonte o totalidad de sentido, dentro de una interpretación. En esta campo, la naturaleza de la pregunta y de las condiciones bajo las que se emite, determinan el carácter de la respuesta, a saber, de la interpretación histórica que ha de ofrecerse.

De hecho, la contención de Kolko es que casi todos los historiadores anteriores fracasaron en la tarea de dilucidar la Era Progresista porque no formularon las preguntas correctas. Ellos estaban inmersos en los mismos presupuestos acerca del desarrollo económico y sobre las relaciones entre el estado y la economía, que cegaron también a casi todos los observadores contemporáneos de la época, quienes provenían de toda la gama del espectro político y social. Por lo anterior, ellos no pudieron evaluar apropiadamente la nueva formación socio-económica que estaba emergiendo bajo sus propios pies.

La pregunta verdaderamente pertinente y aquella que hubiera podido esclarecer la naturaleza de lo que había ocurrido realmente en ese tiempo, es:

¿Pudieron haber sido radicalmente diferentes la experiencia política americana y la naturaleza de nuestras instituciones económicas?<sup>4</sup>

Esta "revolución copernicana" en la perspectiva historiográfica no se dio, y no pudo haberse dado, ya que esos historiadores también dieron por sentado —sin ningún intento serio de verificación— la creencia general en la necesidad inevitable e impersonal del crecimiento de la centralización económica de orden monopolístico. Esta concepción básica y universal, que casi equivalía a creer en un "destino invisible y trascendente",<sup>5</sup> fue, por así decirlo, uno de los postulados básicos de la "*Weltanschauung*" de la Era Progresista. Este probó ser fatal al transformarse —probablemente de manera no intencional en la mayor parte de los casos— en un supuesto teórico de aquellos historiadores que trataron de explicar ese período. Por lo demás, les hizo perder de vista el objeto verdadero de su investigación. Para Kolko éste no es de ninguna manera una "necesidad económica ciega", más allá de la voluntad de los individuos, sino por el contrario, el estudio de los seres humanos y sus instituciones, de las intenciones humanas, sus fines y propósitos, tal y como se objetifican en instituciones y leyes específicas. Por ello, de haber habido un triunfo conservador, como de hecho se verificó, éste tendría que haber sido el resultado de "las necesidades y decisiones concientes de hombres e instituciones específicas, no el resultado de ninguna necesidad impersonal y mecánica."<sup>6</sup>

Por compartir una creencia tal, casi todos los estudiosos de la Era Progresista no pudieron ni tan siquiera sospechar un triunfo conservador.

4 *Ibid.*, p. 1.

5 *Ibid.*, p. 1.

6 *Ibid.*, p. 1.

Por un lado, fracasaron en estudiar y señalar los hechos relevantes; por otro lado, tampoco fueron capaces de percatarse de las enormes consecuencias socio-económicas de los cambios estructurales que estaban ocurriendo ante sus propios ojos. Por ejemplo, su visión histórica fue ofuscada por el movimiento de fusión de las empresas (**merger movement**). Al haber confundido la gran acumulación del capital corporativo con el control efectivo, esto es, con la completa monopolización de la economía, tendieron a considerar el movimiento de fusión como una necesidad industrial y financiera dirigida a una mayor eficiencia, y por ello, ignoraron por completo el fenómeno al que respondió, a saber, el marcado crecimiento de la competencia:

Del 1899 al 1904 el número de firmas manufactureras en los Estados Unidos aumentó un 4.2 por ciento, y del 1904 al 1909 aumentó un 24.2 por ciento —un crecimiento de un 29.4 por ciento para la década entera.<sup>7</sup>

Únicamente la fe en el imperativo de la eficiencia que los conglomerados (**trusts**) habrían de satisfacer, pudo evitar que éstos fueran tomados por lo que manifiestamente era, es decir, vástagos de la especulación financiera, que había sido ella misma promovida por el crecimiento de los mercados de capital para las acciones industriales. Además, el hecho de que las fusiones ocurrieran mayormente entre firmas competidoras, es signo inequívoco de que este movimiento fue un intento de aplastar la naciente y fuerte tendencia de la competencia creciente. Esta última —fundada ella misma en innovaciones tecnológicas reales— se presentó como un reto a los centros económicos establecidos. El movimiento hacia la constitución de monopolios y conglomerados fue, en cuanto respuesta a ese reto, un intento abortivo; a saber, fue intenso aunque de corta duración, pues padeció desde el comienzo, del mal de la sobrecapitalización:

Un estudio del gobierno en el 1900 sobre 183 combinaciones industriales, mostró que las acciones y bonos valorados en \$3,085,000,000 fueron emitidos para plantas con un capital total equivalente a \$1,459,000,000.<sup>8</sup>

Esta situación supuso, como es natural, la necesidad de imponer precios más altos para poder pagar los dividendos, precios que, a su vez, redujeron las ganancias de los conglomerados:

Las utilidades de las firmas antes de la fusión fueron alrededor de un quinto mayor que las ganancias del promedio de diez años de la nueva

---

7 *Ibid.*, p. 26

8 *Ibid.*, p. 22

consolidación.<sup>9</sup>

A decir verdad, éste es uno de los puntos más cuestionables de la tesis de Kolko. Inclusive un historiador de la economía como Robert Heilbroner,<sup>10</sup> quien se adhiere en lo esencial al enfoque teórico y a las conclusiones generales del análisis de Kolko, considera que Kolko sólo tiene parcialmente la razón, pues simplifica excesivamente. Por un lado, no todos los conglomerados fueron de ningún modo improductivos. Por otro lado, los datos acerca del incremento en el número de firmas no es concluyente, pues Kolko no le presta suficiente atención a otros factores, como el aumento de la población y el cambio de la agricultura a la manufactura, hechos que podrían hacer del aumento (de todos modos innegable) de firmas manufactureras un signo menos manifiesto de una real y más intensa competencia entre las firmas. A pesar de todo, hay que reconocer que el movimiento de conglomeración respondió a los propósitos y tuvo los resultados que Kolko le asigna.

Si las grandes empresas (**big business**) fracasaron en detener la difusión del poder económico, y con ello el peligro siempre latente de crisis y fluctuaciones que podrían subvertir el sistema entero, el paso lógico fue buscar un poder no-económico que pudiera producir esa racionalización de la economía que el sector privado no había podido producir por sí mismo. Este fue el rol que la regulación federal habría de desempeñar y que ha seguido desempeñando desde entonces, en opinión de Kolko, dentro de la sociedad norteamericana.

La mayoría de los historiadores no apreciaron el hecho de que el Gobierno Federal se convirtió en un instrumento del sector de los negocios, ya que compartían el supuesto general —él mismo un legado de la teoría en torno a la historia europea del siglo diecinueve— de que el estado es un poder neutral, no clasista, cuya intervención no es sólo beneficiosa para la comunidad en general, sino inclusive deseable. Por ende, la compleja interconexión entre el gobierno y el sistema económico no se sometió a un examen serio. A su vez, los historiadores ni tan siquiera trataron de relacionar la estructura económica real de la industria y las finanzas con el carácter concreto de la legislación federal que se puso en vigor. No debe causarnos sorpresa entonces que, no habiendo examinado las intenciones y las consecuencias de esas medidas legislativas, los historiadores nunca se percataron de que éstas lograron conseguir lo que se habían propuesto; esto es, que llevaron a una consolidación y engrandecimiento de los intereses financie-

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 27

<sup>10</sup> Robert L. Heilbroner, *The Making of Economic Society* (3 ed., Englewood Cliffs, N.J.: Prentice Hall, 1970), ch. 7, "The Change in Market Structure," pp. 110-128; *Between Capitalism and Socialism*, Vintage Books Edition (New York: Random House, 1970), ch. 1, "Rethoric and Reality in the Struggle between Business and the State," pp. 3-31.

ros e industriales establecidos y que mantuvieron intactas las relaciones sociales y económicas bajo las cuales estos pudieron seguir funcionando sin peligro alguno. ¿Qué otra cosa habría de esperarse de una legislación que fue decretada precisamente por los mismos intereses que habrían de ser regulados por ella? En este aspecto, la explicación de Kolko de la historia del proyecto de ley de la Junta Federal de la Reserva (*Federal Reserve Board*) tanto como la del Proyecto de la Comisión Federal del Comercio (*Federal Trade Commission*) es muy instructiva.

A lo que fue destinada la regulación federal y lo que finalmente se alcanzó con ella, a saber, la consolidación del *status quo*, fue expresado muy bien y sin ambigüedad por George W. Perkins, una de las figuras prominentes de los negocios y de las finanzas de esa época:

"Pero la regulación federal es factible, y si ahora nos unimos y trabajamos a su favor, podríamos obtenerla, mientras que si continuamos nuestra lucha en su contra por más tiempo, entonces la marea venidera podría traer la cuestión hasta la propiedad estatal, o hasta el socialismo.<sup>11</sup>

Ciertamente, el Gobierno Federal se convirtió en un escudo, pero para proteger a los grandes empresarios privados de la interferencia y de los posibles ataques de la mayoría de la población, siempre latentes en una democracia. Sólo por haber adquirido la fuerza de un hábito mental, fue que la tesis de la "inevitabilidad" de la concentración económica hizo que historiadores contemporáneos y subsiguientes pasaran por alto la declaración de Judge E. Gary, de la U.S. Steel, como si fuera una propuesta semi-socialista:

Creo que debemos llegar a la publicidad impuesta (*enforced*) y al control gubernamental ...aún de los precios.<sup>12</sup>

Esas palabras se desprenden de todo su misterio sólo si no olvidamos la tendencia preponderante hacia la competencia en todas las industrias a comienzos de siglo y las leyes estatales de orientación democrática que promovieron esa competencia y que buscaban hacer soberano al consumidor.

Pero, ¿por qué el Gobierno Federal respondió tan fácilmente a los intereses de los grandes negocios? ¿Por qué los líderes políticos eligieron precisamente aquellas soluciones a los problemas económicos que fueron propugnadas por los intereses de los negocios y las finanzas específicamente concernidos? Tal cosa se debió, en buena medida, al acuerdo tácito y de principio de los líderes tanto del gobierno como de la economía en lo que concernía a la solidez básica del *status quo*, es decir, con respecto a la deseabilidad de preservar el modo de producción capitalista. Este acuerdo fue, a su vez,

11 *The Triumph of Conservatism*, pp. 173-175.

12 *Ibid.*, p. 174.



consecuencia de la obvia intersección de las élites políticas y económicas; sus miembros tenían los mismos orígenes de clase y, compartían así el mismo enfoque general de su clase, que se articulaba en el credo práctico de que "el bienestar general de la comunidad podía ser mejor servido al satisfacer las necesidades concretas de las empresas privadas (**business**)".<sup>13</sup> Si la legislación que resultó fue conservadora, esto se debió a que los líderes políticos —Roosevelt, Taft, Wilson— también eran conservadores, en otras palabras, porque la autoridad del estado estaba funcionando dentro de un marco clasista.

Citas que provienen de discursos políticos no pueden, por sí solas, probar válidamente un punto; éstas, no obstante, ilustran aquí en forma dramática la adhesión explícita de los líderes políticos a los principios conservadores. La siguiente es una declaración típica de Theodore Roosevelt, el desmantelador de los conglomerados (**trustbuster**), el fundador del Progresismo (**Progresivism**):

Nuestro propósito no es eliminar las corporaciones: por el contrario, estos grandes agregados son el desarrollo inevitable del industrialismo moderno, y el esfuerzo por destruirlos sería fútil, a menos que fuera llevado a cabo por medios que acarrearían el perjuicio más extremo al cuerpo político entero.<sup>14</sup>

Y esta es la declaración consecuente de Woodrow Wilson, el libertario, el padre de la Nueva Libertad (**New Freedom**):

Si se disuelve la corporación ofensiva se desengrana una gran empresa ...para el daño infinito de miles de personas enteramente inocentes y para la gran inconveniencia de la sociedad en general. Yo considero que la corporación es indispensable a las empresas modernas de los negocios. No tengo recelos del tamaño ni de las fuerzas, siempre que se abandone en los puntos apropiados la ficción fatua, anticuada y del todo innecesaria que la trata como una persona legal...<sup>15</sup>

Para recapitular, la imagen profundamente falseada de la Era Progresista, que más tarde se convirtió en una ortodoxia historiográfica evidente por sí misma, fue el producto, según Kolko, de un enfoque teórico muy estrecho. Este último fue a su vez promovido por la aceptación acrítica de un presupuesto general (y marxista también) según el cual el desarrollo del capitalismo y del industrialismo habría de tender hacia la concentración económica por una necesidad casi lógica. Por ello los historiadores de ese

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 4.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 69-70; tomado del Segundo Mensaje de Roosevelt al Congreso.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 206; tomado del Discurso de Wilson a la *American Bar Association*, en el año 1910.

período no podían ver en la Era Progresista las raíces institucionales de la sociedad norteamericana contemporánea, es decir, del Capitalismo Político.

Por otra parte, Kolko intenta extrapolar, del desarrollo del capitalismo norteamericano, los elementos de una crítica a los intentos teóricos de Karl Marx y Max Weber por explicar la naturaleza y el desarrollo de la sociedad capitalista moderna, en especial la relación entre la base económica y el poder político. Kolko acusa inicialmente a ambos de ofrecer versiones diferentes de la misma tesis recalcitrante del determinismo histórico, la cual ambos compartieron en cuanto creyeron, de acuerdo con Kolko, que "el industrialismo y el capitalismo eran parte de la marcha inalterable de la historia".<sup>16</sup> Para Kolko son, en cambio, —por lo menos así nos parece a nosotros— los resultados objetivos de intenciones humanas concretas, de las decisiones y las acciones de los seres humanos, y son, por tal razón, tan necesarios o contingentes, falibles o eficaces, inertes o dinámicos, como lo son esas iniciativas humanas que los han creado. No es necesario, dentro de los límites de este trabajo, considerar de una manera detallada la crítica de Kolko a Marx y a Weber.

En el caso de Weber, a lo que Kolko se opone con mayor energía es a la teoría según la cual la naturaleza burocrática del estado capitalista moderno —su característica más básica y la expresión concreta del decreto legal racionalizador— restringe severamente todas las posibilidades de cambio esencial a la estructura básica de la sociedad capitalista moderna. El estado burocrático y legal está por encima y separado de, y no puede influir en principio, la estructura económica de manera significativa.<sup>17</sup> Kolko argumenta por el

16 *Ibid.*, p. 7.

17 Weber expone su teoría del estado con lucidez lógica y elegancia literaria admirables en obras como las siguientes:

1) *Historia Económica General* [*Wirtschaftsgeschichte*, München und Berlin, 1923], traducida por Manuel Sánchez Sarto (México: Fondo de Cultura Económica, 1942); existe edición inglesa, *General Economic History*, tran. Frank H. Knight (London: George Allen and Unwin Ltd., 1923), ver especialmente el cap. XXII, "El significado y los presupuestos del capitalismo moderno", pp. 275-278, y el cap. XXIV, "El estado racional", pp. 338-351 (la paginación corresponde a la edición inglesa).

2) *Economía y Sociedad* [*Wirtschaft und Gesellschaft: Grundriss der Verstehende Soziologie* (Tubingen: J.C.B. Mohr Paul Sieback), 1922] editada por Johanness Wincklemann, traducción de José Medina Echavarría, Juan Roura Parella, Eduardo García Maynes, Eugenio Imaz y José Ferrater Mora (2 vols., México: Fondo de Cultura Económica, 1964), ver en especial la primera parte, "Teoría de las categorías sociológicas", I, 5-248. La primera parte de esta obra, que es la más pertinente al respecto, ha sido traducida al inglés como *The Theory of Social and Economic Organization*, trans A.M. Henderson and Talcott Parsons (New York: Oxford University Press, 1947), ver p. 278; hay edición inglesa de la obra completa: *Economy and Society*, ed. Gunther Roth and Claus Wittich (New York: Bedminster Press, 1968).

3) *Law in Economy and Society*, ed. A. Shills (Cambridge: Harvard University Press, 1954), ver especialmente pp. 304-305.

4) *From Max Weber: Essays in Sociology*, eds. H.H. Gerth and C. Wright Mills (New York:

contrario, que desde la Era Progresista en adelante, no se puede decir que el estado estuviera administrado por burócratas no-comprometidos; las burocracias tenían una base política; en otras palabras, no derivaron su poder de la supuesta legalidad y eficiencia técnica inherentes a un estado impersonal, sino de las decisiones tomadas por individuos movidos por intereses clasistas. Por consiguiente, la gran limitación de la interpretación teórica de Weber consistió en que fracasó en ver que:

fue una burocracia con base política la que trató de racionalizar la organización económica a gran escala, de lograr por medios políticos que las decisiones económicas y las ganancias fueran predecibles y seguras.<sup>18</sup>

El reproche más repetido (y quizás más justo) que Kolko le hace a Marx es que éste también asumió la validez del postulado básico de su época: la creencia mecanicista en la tendencia a largo plazo de la economía capitalista hacia la centralización y el monopolio, debido fundamentalmente a razones de índole tecnológica. El libro de Kolko es un intento atrevido de refutar este principio. Con todo, concluir que Marx, al hacer suya esa tesis, se transformó en un apologista renuente del capitalismo, quien sólo pudo oponerse debido a un sentido de indignación moral ante sus excesos de sufrimiento y miseria humanas, parece ciertamente ridículo, una conclusión exageradamente escolástica y totalmente extrínseca a los principios filosóficos más generales de Marx. Por otra parte, sólo porque Kolko interpreta a Marx de una manera mecanicista, es que sus otras críticas tienen la apariencia de verosimilitud.

Kolko olvida que el materialismo de Marx es histórico, y que se caracteriza por un movimiento **dialéctico**. Únicamente si se toma "la marcha de la historia" como una sucesión de eventos puramente extrínsecos, separados, atómicos, sin conexión alguna entre sí, es que podemos decir con buena conciencia que Marx realmente no discutió "el rol potencial del estado y de lo político en preservar el sistema económico".<sup>19</sup> En verdad, Marx afirma inequívocamente en *El capital* la tesis contraria a la que Kolko le imputa, a saber, que la fuerza "es, por sí misma, una potencia económica".<sup>20</sup> La

---

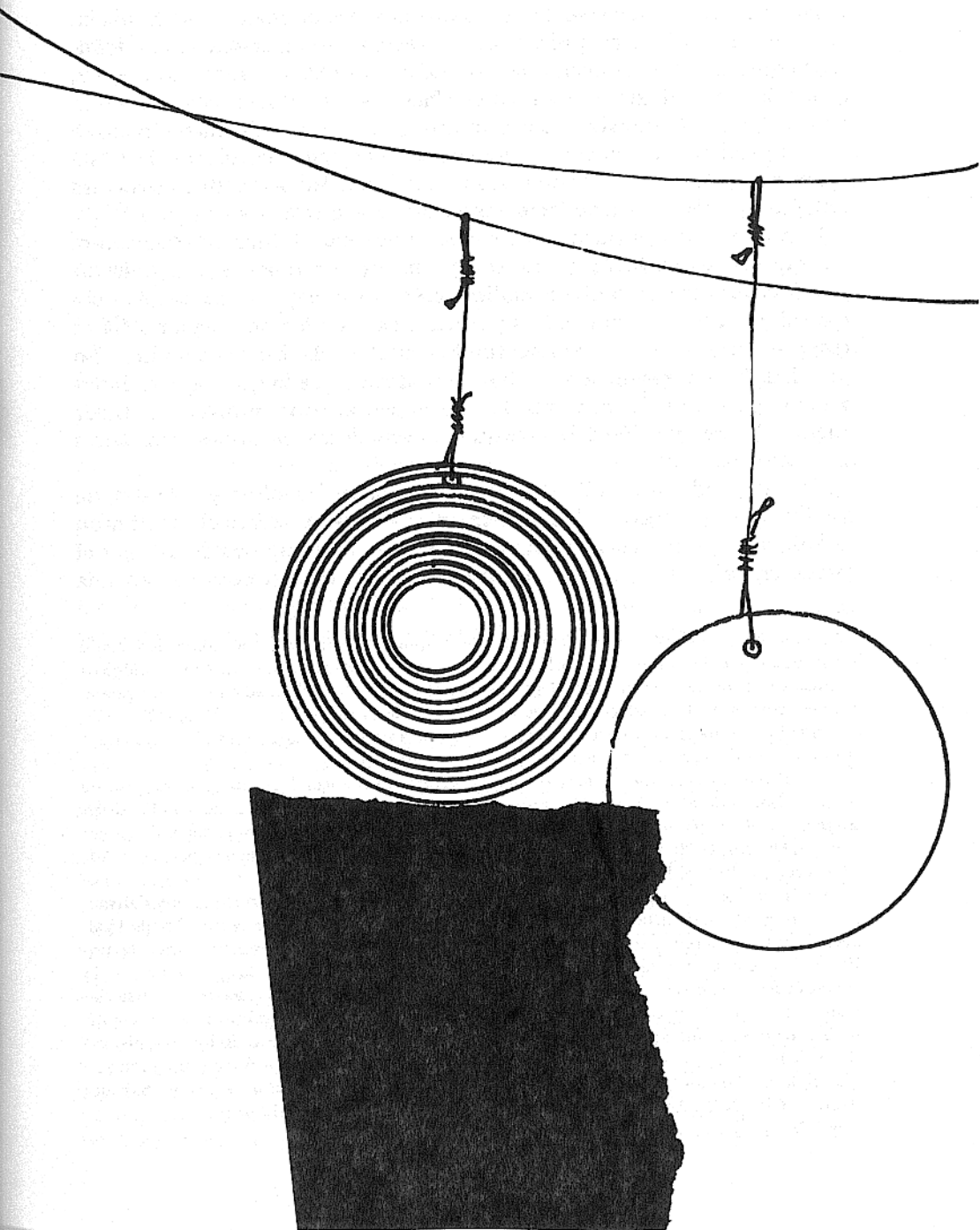
Oxford University Press, 1946), p. 215; hay edición española de algunos ensayos importantes sobre el tópico: *Ensayos de Sociología Contemporánea* (Barcelona: Ediciones Martínez Roca, 1972).

5) *Staatsoziologie* herausgegeben von Johannes Winckelmann (Berlin: Duncker and Humblot, 1956).

18 *The Triumph of Conservatism*, p. 297. Kolko también ha criticado la teoría de Weber en: "A Critique of Max Weber's Philosophy of History," *Ethics*, LXX (1959), 21-36, y "Max Weber on America: Theory and Evidence," *History and Theory*, I (1961), 243-60.

19 *Ibid.*, p. 290.

20 *El capital*, versión del alemán por Wenceslao Roces (3 vols., 4 ed., México: Fondo de Cultura Económica, 1964), I, sec. VII, cap. XXIV, 4, "Génesis del capitalista industrial", p. 639.



perspectiva dialéctica de Marx le prohíbe, en principio, hablar de factores puramente no-económicos, como hace Kolko, ya que, fiel a una herencia hegeliana que nunca repudió, cada fase en el proceso histórico se considera como una síntesis que **resuelve**, pero que también **contiene en sí misma** las contradicciones de la fase precedente. Esta es, en verdad, una característica de todo ente real y no meramente de las entidades y procesos históricos; es decir, cualquier entidad está constituida por factores en oposición y se encuentra en un proceso de transformación continua, que inexorablemente pone en conexión directa o indirecta a esa entidad con todas las demás. Por esta razón, la acción y reacción entre la estructura económica y la superestructura política no sólo ocurre **de facto**, sino que tiene que ocurrir **de jure**.<sup>21</sup>

La aseveración que puede extraerse genuinamente de Marx, en este punto, no es que no se pueda utilizar al estado como un instrumento para preservar y racionalizar la economía capitalista, sino tan sólo que cualquier cambio radical e irreversible en la esfera política y en las relaciones sociales, ha de tener su origen en un cambio fundamental en la base económica. En realidad, Kolko mismo se ve obligado a admitir que lo que logró la intervención política en la economía durante el período que estudia, fue, a fin de cuentas, la **preservación del status quo**, es decir, de las relaciones económicas y sociales existentes.

No cabe duda que Kolko ha vislumbrado esa dificultad y, por eso, ha modificado su crítica, al argumentar que "Marx y Engels utilizaron definiciones inconsecuentes del estado".<sup>22</sup> Ellos habrían considerado que el estado era, al mismo tiempo, un instrumento de la clase dominante y una

21 Que Marx siempre reconoció bien la importancia del método dialéctico como instrumento para la comprensión de la historia real, aunque descarta los supuestos ontológicos idealistas con los que se asocia en Hegel, se aprecia con prístina claridad en el "Prólogo a la primera edición y el "Postfacio a la segunda edición de *El capital*, pp. XXIII-XXIV.

Reflexiones importantes acerca de la relación entre la estructura económica y la superestructura político-ideológica se encuentran, en obras como:

*Contribuciones a la crítica de la economía política*, traducción de J. Merino, introducción de Maurice Dobbs (Madrid: Alberto Corazón, 1976), ver especialmente el Prefacio; con Friedrich Engels, *La ideología alemana*, traducción de Wenceslao Roces (2 ed., Montevideo: Ediciones Pueblos Unidos, 1968), I, A- "La ideología en general y la ideología alemana en particular", 1. "Historia", 2. "Sobre la producción de la conciencia", pp. 13-54.

Engels trata, por lo demás, de precisar el significado genuino de la doctrina del materialismo histórico en algunas cartas: en la dirigida a Joseph Bloch, de 21-22 de septiembre de 1890, además de hacer observaciones acerca de la conexión entre las condiciones económicas y las político-ideológicas, afirma la acción y reacción recíprocas entre la estructura y la superestructura. En carta a Heinz Starkenburg, del 25 de enero de 1894, defiende el materialismo histórico de la acusación de ser una versión muy simplista de determinismo histórico; ahí trata de demostrar que aquél es compatible con la auto-determinación de los individuos históricos. Esta importante correspondencia se encuentra contenida en una muy útil antología en lengua inglesa: *Marx and Engels: Basic Writings on Politics and Philosophy*, ed. Lewis S. Feuer (Garden City, N.Y.: Anchor Books, Doubleday, 1959), pp. 379-400, 410-412.

22 *The Triumph of Conservatism*, p. 290.

entidad no-clasista, que también podría perseguir el bienestar de la sociedad en general. Sin embargo, esta convicción errónea de Kolko sufre del mismo prejuicio mecanicista.

El estado no es, para Marx, una entidad abstracta, "abstracta" en el sentido de la lógica tradicional. Por el contrario, es, en el sentido hegeliano, "un universal concreto", una síntesis que incluye dentro de sí y que manifiesta las contradicciones (más bien oposiciones reales que contradicciones estrictamente lógicas) de la sociedad específica cuyo estado es. Así, el estado puede ser, al mismo tiempo, de acuerdo a la perspectiva de Marx, tanto un instrumento de la clase dominante como también una "unidad sintética", que a veces parece seguir un curso errático en el sentido de que sus estructuras y sus leyes pueden, momentáneamente o de forma episódica, beneficiar a las masas precisamente porque el estado también es una expresión objetiva de los intereses de clase conflictivos de los cuales surge. Aún la brillante demostración de Kolko de que el Capitalismo Político fue creado a nivel federal de una manera fragmentaria y errática, y que sólo mucho después fue convertido en un todo comprensivo e integrado,<sup>23</sup> se dilucida a partir de la compleja y dinámica teoría marxista del estado.<sup>24</sup>

En general, las concepciones de Marx y de Kolko acerca de la superestructura política no son tan diferentes como aparecen a primera vista. Para ambos, el poder político se constituye siguiendo lineamientos de clase cuyo origen es básicamente económico. Tal cosa se refleja en otra obra importante de Kolko: *La riqueza y el poder en los Estados Unidos (Wealth and Power in America)*, que viene a ser la conclusión lógica de la obra discutida. En ella trata de demostrar que el Capitalismo Político en los Estados Unidos ha conseguido lo que en sus comienzos se había propuesto —la perpetuación de

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 279.

<sup>24</sup> Marx se vio impedido de realizar uno de los proyectos más importantes de su calendario de trabajo: el tratado sobre el estado. Sin embargo, reflexiones acerca de la naturaleza compleja y dinámica del mismo se encuentran desparramadas en toda su obra; las más notorias aparecen en:

*Crítica de la filosofía del estado de Hegel*, versión castellana de Carlos Liacho (Buenos Aires: Editorial Claridad, 1946); existe traducción inglesa de la misma: "Critique of Hegel's Philosophy of the State (1843)", *Writings of the Young Marx on Philosophy and Society*, trans and ed. Loyd D. Eaton and Kurt H. Guddat (New York: Doubleday, 1967), pp. 151-202.

*El Capital*, I, secc. VII, cap. XXIV, "La llamada acumulación originaria", pp. 607-658; con Friedrich Engels, *La ideología alemana*, I, B, "La base real de la ideología", especialmente la secc. 2, "La relación entre el estado y el derecho y la propiedad", pp. 71-75; III "San Max", Secc. 5, II "La Ley", pp. 385-394.

Engels vuelve a analizar la función económica del estado en: *Anti-Dühring* o "*La revolución de la ciencia*" de Eugenio Dühring: *introducción al estudio del socialismo*, traducción de José Verdes Montenegro y Montero (4 ed., Buenos Aires; Ediciones Claridad 1972), ver en particular la parte I, caps. IX, X, XI, pp. 94-118 y la parte II, caps. I-IV, pp. 158-197:

*El origen de la familia, la propiedad privada y el estado* (3 ed., Buenos Aires, Ediciones Claridad, 1939), ver en especial el cap. I, "Barbarie y civilización", pp. 181-206.

la misma distribución de la riqueza y de las mismas relaciones sociales. Tiene cierta importancia el hecho de que en esa obra Kolko asuma, explícitamente, el principio de origen marxista según el cual:

Las dimensiones de una clase obviamente incluyen mucho más que lo económico —hay también factores culturales, raciales, y de otra índole—, pero el económico es el que cala más hondo (**pervasive**) y el más importante.<sup>25</sup>

Además, sin endosar las conclusiones concretas de Marx ni de Weber, Kolko sugiere la necesidad de partir de enfoques históricos amplios, sintéticos y comprensivos para poder interpretar de manera adecuada un fenómeno tan complejo y abarcador como el sistema socio-económico estadounidense.

Vale la pena señalar finalmente que, en este aspecto, Kolko le debe mucho al enfoque general de Weber sobre la realidad histórica. Para Kolko la tarea del historiador no es descubrir en los asuntos humanos una necesidad impersonal y trascendente, sino realizar, en las palabras de Weber, "una interpretación subjetiva del significado". En otras palabras, el historiador tiene que tomar en cuenta el punto de vista, la interpretación que el sujeto mismo que se estudia, el actor en el escenario histórico, tiene de su situación particular y del mundo en el cual se encuentra inmerso.<sup>26</sup> Usando la terminología de Dilthey, su rol es también revelarnos la "Weltanschauung" (visión o concepción del mundo) del sujeto o de los sujetos humanos en cuestión.<sup>27</sup> "Los mismo que el individuo, todo sistema cultural, toda comu-

25 Gabriel Kolko, *Wealth and Power in America: An Analysis of Social Class and Income Distribution* (New York: Praeger Publishers, Inc., 1962) p. 6.

26 Este proyecto de Max Weber de reducir todos los tipos de relaciones y estructuras sociales a las formas más elementales del comportamiento individual, a partir del significado que los individuos inmersos en el mundo social imputan a sus propios actos, va cobrando substancia especialmente en obras como:

1) El primer capítulo de *Economía y Sociedad*: "Conceptos sociológicos fundamentales", I, 5-45; este ha sido publicado por separado en inglés como *Basic Concepts in Sociology*, trans H.P. Secher (New York: Greenwood Press, 1969).

2) *Sobre la teoría de las ciencias sociales* [*Gesammelte aussätze zur wissenschaftslehre*. Tübingen: J.C.B. Mohr, 1969] (Buenos Aires: Ediciones Península, 1971); hay edición en inglés del mismo: *The Methodology of the Social Sciences*, trans, and ed. Edward A. Shils and Henry A. Finch (Glencoe, Ill., Free Press, 1959).

3) *El político y el científico* [*Politik als Beruf, Wissenschaft als Beruf*, Berlin-München: Verlag Duncker und Humblot, 1959], introducción de Raymond Aron, traducción de Francisco Rubio Llorente (2 ed., 1947; Madrid: Alianza Editorial, 1979).

Existe además, una excelente introducción al pensamiento de Weber, la cual contiene varios artículos metodológicos importantes: *Max Weber: The Interpreter of Social Reality*, ed. T.E. Eldridge (New York: Scribner, 1975).

27 Wilhem Dilthey, "Einleitung in die Geisteswissenschaften," *Gesammelte Schriften*, Vols. I und IX (Leipzig, 1923-1936); *Obras De Dilthey*, traducción al castellano por Eugenio Imaz (8 Vols., México: Fondo de Cultura Económica, 1944-1948).

---

nidad, tiene en sí mismo su propio centro. En él están ligadas, constituyendo un todo único, la interpretación de la realidad, la valoración, la producción de los bienes".<sup>28</sup> Por esa razón el estudio de los seres humanos y sus instituciones es, correlativamente, la investigación de las intenciones, fines, y necesidades que yacen detrás del surgimiento de las diversas formaciones socio-económicas, y de la manera cómo los seres humanos individual y colectivamente aprehenden estos dentro de unidades totalizantes de sentido.

En definitiva, creemos que de lo anterior se deriva una conclusión importante aunque algo paradójica. Por un lado, parece ser el caso que la crítica de Kolko a Marx y a Weber no es concluyente, ya que no toca las tesis principales de ambos, partiendo, a veces, de una reconstrucción equívoca de esas teorías. Por otro lado —y aquí reside la paradoja—, son precisamente atisbos teóricos importantes de estos pensadores acerca de la historia, de la sociedad y de la metodología de las ciencias humanas, que Kolko retiene y que incorpora a un enfoque histórico sintético y comprensivo, lo que le permite desmitificar la Era Progresista, en la cual yacen las raíces institucionales de la sociedad norteamericana contemporánea.

---

<sup>28</sup> *Ibid.*, I, 154.



## RESUMEN

El autor analiza el ataque de Gabriel Kolko, en *El triunfo del conservadurismo*, a la interpretación tradicional de la "Era Progresista" — el período de la historia norteamericana que va de principios de este siglo al 1916. La intervención del estado en la economía no tuvo entonces, según Kolko, intenciones ni consecuencias liberales, es decir, no resultó en un control de la economía orientado democráticamente, sino que fue un triunfo conservador. La regulación federal no se dirigió a proteger los pequeños negocios y al público de las ruinosas consecuencias de los monopolios; fue, por el contrario, el instrumento que los grandes intereses industriales y financieros utilizaron para tratar de establecer por decreto público e iniciativa administrativa lo que no pudieron lograr espontáneamente en la arena económica: el control definitivo de los mercados en unas pocas manos.

Además, se analizan los supuestos teóricos que impidieron a los historiadores ortodoxos aprehender la peculiar naturaleza de la relación entre lo político y lo económico que se inició en esa época.

Por último, el autor intenta mostrar que la crítica de Kolko a Karl Marx y a Max Weber no es concluyente, y que es precisamente una filosofía de la historia sintética y abarcadora, la cual debe mucha de su inspiración a Marx y a Weber, aquello que distingue notablemente a *El triunfo del Conservadurismo* de empresas historiográficas anteriores que no pudieron dar cuenta del carácter propio del capitalismo norteamericano que comenzó en la Era Progresista.

## ABSTRACT

The author analyzes Gabriel Kolko's attack, in *The Triumph of Conservatism*, to the traditional interpretation of the "Progressive Era" —that period in American history which goes from the beginning of this century to 1916. The intervention of the State in the economy did not have then, according to Kolko, liberal intentions nor liberal consequences, that is to say, it did not result in a democratically oriented control of the economy, but in a conservative triumph. The federal regulation was not aimed at the protection of small business and the public from the ruinous consequences of monopoly; it was rather the instrument by which big business and finance sought to establish by public decree and administrative initiative what they could not bring about spontaneously on the economic arena: the definitive control of the markets in a few hands.

Furthermore, the theoretical presuppositions which prevented the orthodox historians from apprehending the peculiar nature of the relation between the state and the economy that began during that epoch, are analyzed.

Finally, the author tries to show that Kolko's critique of Karl Marx and Max Weber is not conclusive, and that it is precisely a synthetic and comprehensive philosophy of history, which owes much of its inspiration to Marx and Weber, what notably sets apart *The Triumph of Conservatism* from earlier historiographical enterprises that could not give an account of the unique character of the American capitalism that began with the Progressive Era.